

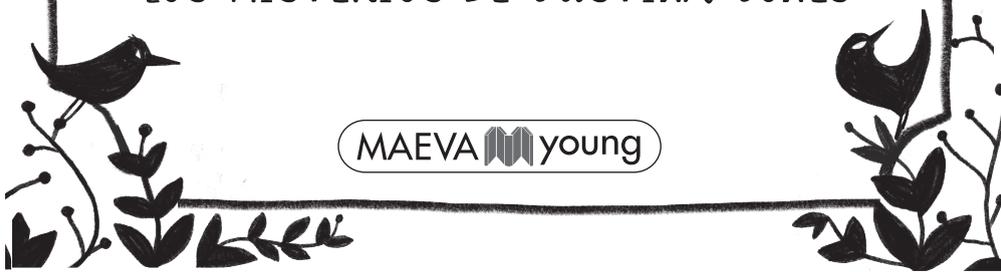


ELLY
Griffiths



UN FANTASMA
EN EL JARDÍN

LOS MISTERIOS DE JUSTINA JONES



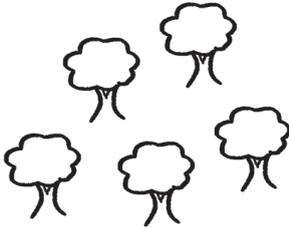
MAEVA  young

Para JAM: Juliet, Alex y Monique





ENTRADA



TERRENO
DE JUEGO

EXPLANADA
DEL ROBLE

PISTA DE
TENIS

DORMITORIO



HIGHBURY
HOUSE

JARDÍN
FORMAL

GIMNASIO

ARBOLEDA

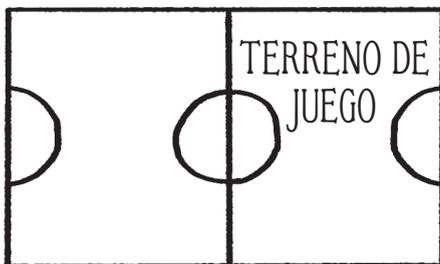
PISCINA
ANTIGUA

TORRE



→ AL PUEBLO

PANTANOS



PATIO

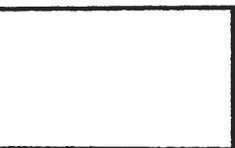


SALA
COMÚN DE
TERCER CURSO

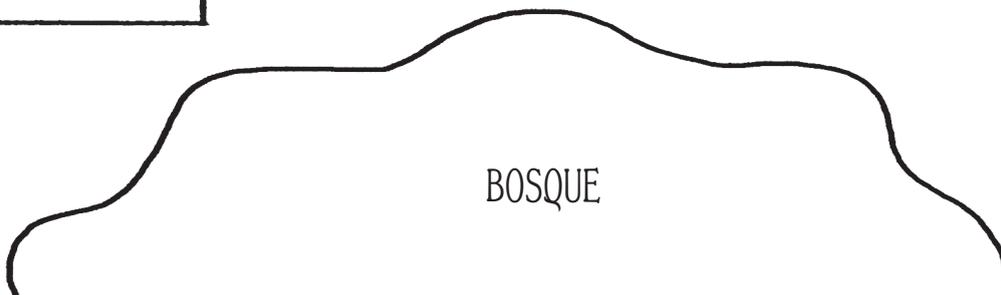
POCILGAS

NEVERO

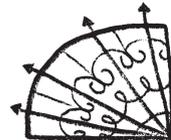
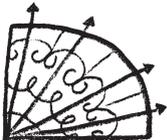
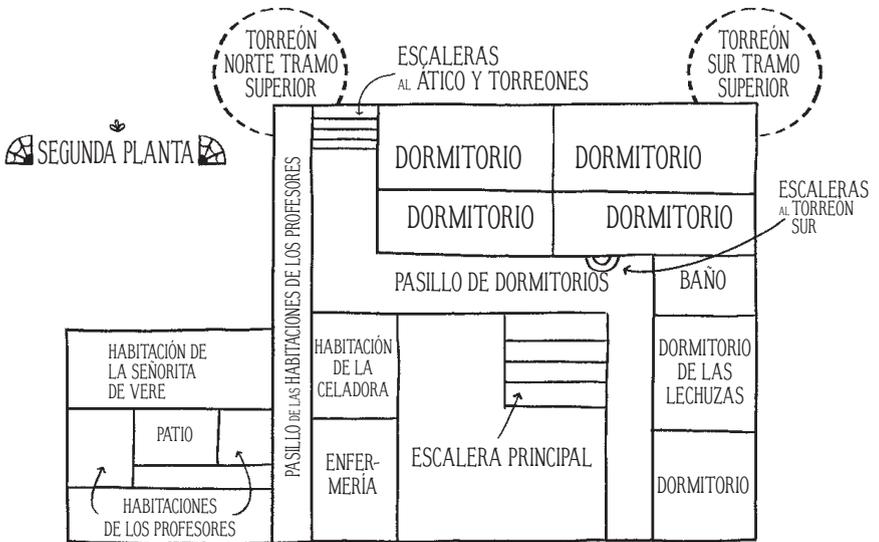
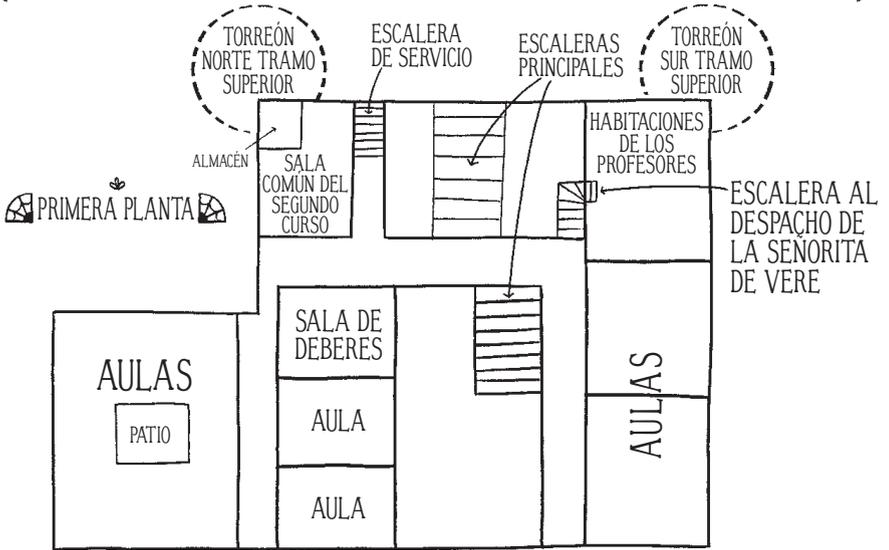
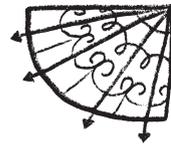
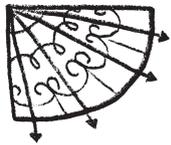
JARDÍN
DE LA COCINA



VIEJO
GRANERO



BOSQUE





HIGHBURY HOUSE



Escuela para señoritas de buena familia

Personal del colegio

Directora	Señorita Dolores De Vere
Subdirectora y profesora de Latín	Señorita Brenda Bathurst
Profesora de Matemáticas	Señorita Edna Morris
Profesora de Lengua	Señorita Susan Crane
Profesora de Historia	Señorita Ada Hunting
Profesora de Ciencias y Arte Culinario	Señorita Eloise Loomis
Profesora de Dramaturgia y Oratoria	Señorita Joan Balfour
Profesora de Música y Geografía	Señorita Myfanwy Evans
Profesor de Francés	Monsieur Jean-Maurice Pierre
Profesora de Educación Física	Señorita Margaret Heron
Profesor de Arte	Señor Davenport
Celadora	Señorita Grace Macintosh
Ama de llaves	Señora Jean Hopkirk
Jardinero y Mantenimiento	Señor Robert Hutchins

Tercer Curso de Highbury House

Tutora: señorita Hunting

Irene Atkins

Alicia Butterfield

Moira Campbell

Cecilia Delaney

Eva Harris-Brown

Stella Goldman

Joan Kirby

Justina Jones

Flora McDonald

Elizabeth Moore

Freda Saxon-Johnson

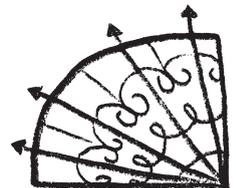
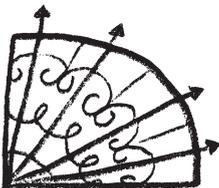
Leticia Smith

Susan Smythe

Rose Trevellian-Hayes

Nora Wilkinson

Letitia Blackstock





septiembre de 1957

—Resulta un poco raro pensar que ya estamos en tercer curso... —dijo Stella.

—Sí —contestó Justina—. Creí que me expulsarían mucho antes.

Stella se echó a reír, pero Justina no estaba muy segura de estar bromeando. Recordó la primera vez que había visto Highbury House, casi exactamente un año antes. En aquel momento estaba sola, sentada en la parte de atrás de un taxi, intentando con desesperación que no se notara lo asustada que estaba. Nunca había ido a un internado; nunca había ido a ninguna escuela. Recordaba cómo Highbury House había surgido de entre las tinieblas, con sus cuatro torreones negros

recortándose en el cielo, y había pensado: «Es un lugar perfecto para un crimen».

Pero ahora todo era muy diferente. Habían llegado al colegio en el coche del padre de Justina, Herbert Jones, y ella iba con su mejor amiga, Stella. Nunca había tenido una gran amiga —porque Peter no era exactamente eso, era más bien como un hermano—, y ahora tenía dos: Stella y Dorothy. Nada, ni siquiera volver al internado resulta demasiado malo si una tiene a su lado a dos buenas amigas.

Stella vivía cerca de Justina, en Londres, así que Herbert Jones no tuvo ningún inconveniente en llevarlas a las dos al colegio. Además, el viejo coche del padre de Stella se había estropeado del todo. Justina sabía que tal vez debería lamentar esa mala suerte, pero se alegraba de contar con la compañía de su amiga. Y, aunque ya conocía el colegio, aún le resultaba abrumador pensar que, en unos minutos, volvería a ver a la directora, la señorita De Vere, y a todas las demás profesoras, por no mencionar a sus compañeras.

—Ahí está... —comentó Stella.

Era una luminosa tarde de septiembre, por lo que el colegio no tenía su habitual aspecto de castillo siniestro. Seguía siendo enorme y sombrío, y se erguía sobre las tierras pantanosas como una especie de espejismo, pero, cuando una conoce cada palmo de un lugar, por muy

aterrador que sea, deja de darle miedo. Justina conocía bien los desvanes y los sótanos del caserón, aunque estaba prohibido que nadie accediera a esos lugares.

—Procura no saltarte muchas normas este año, Justina —le pidió su padre. Era como si le hubiera leído el pensamiento a su hija.

—Solo lo hago cuando estoy intentando resolver un misterio —protestó. Pero su padre ya se estaba riendo. Era abogado, así que Justina imaginaba que estaba acostumbrado a que la gente se saltara las normas.

—Este curso no va a haber ningún misterio —dijo Stella, esperanzada.

Justina sabía que a su amiga no le gustaban las aventuras tanto como a ella, pero no podía evitar sentir el deseo de que se produjera algún suceso un poco emocionante. No un asesinato de verdad..., solo alguna cosa rara. Algo que se saliera un poco de lo normal.

En ese momento, un jinete sin cabeza cruzó por delante del coche y su cabalgadura se encabritó en medio del camino.

Justina gritó, aunque enseguida se arrepintió de haberlo hecho. Herbert lanzó una maldición y frenó en seco.

—¡El jinete sin cabeza! —gritó Stella conteniendo el aliento. Su amiga Nora le había contado esa historia de fantasmas el último trimestre.

—Tonterías —dijo Herbert—. Es solo una chica con una capa y una caperuza.

Justina bajó el cristal de su ventanilla y comprobó que su padre estaba en lo cierto. Era una chica con una capa negra, montada en un caballo blanco. El caballo era precioso, con unas crines y una cola abundantes que ondeaban al viento, pero parecía un poco nervioso, medio encabritado, y tenía los ollares muy abiertos.

—Pero ¿a qué juegas? —gritó la chica a Herbert Jones—. ¡Estás loco!

El padre de Justina ni siquiera le replicó que había sido ella la que había surgido de la nada sin mirar. Salió del coche.

—¿Te encuentras bien? —y tendió una mano hacia el caballo asustado.

—¡No toques a *Nube*!

Justina abrió la puerta del coche. Pero, antes de que pudiera dar un paso, otros dos caballos surgieron de repente por una abertura situada entre los arbustos y se detuvieron en mitad de la carretera. Sujetaban sus riendas un hombre y una mujer, ataviados con ropa de montar perfectamente adecuada: pantalones, botas y chaquetas de *tweed*.

—¡Oh, Dios mío! Letitia... —dijo la mujer, que montaba un caballo alazán—. ¿Qué ha pasado?

—Ese hombre ha estado a punto de matarme —denunció la chica.

—Cruzaste la carretera sin mirar... —susurró el padre de Justina, sin mucho convencimiento.

—No puedes lanzarte al galope así, Letitia —dijo el hombre, que montaba un enorme caballo negro—. Te podrías haber matado. —Se quitó el sombrero para saludar a Herbert—. Gracias por frenar con tanta habilidad, señor Jones.

Y luego dio media vuelta y se alejó trotando, seguido por los otros dos caballos. Justina observó cómo volvían a introducirse por la abertura de los arbustos y se alejaban por el campo, con las crines negras, blancas y marrones ondeando al viento.

Herbert regresó al coche y dedicó una sonrisa a las chicas.

—Bueno, esto ya ha sido una aventura, ¿no?

Ellas admitieron que, efectivamente, se parecía bastante a una aventura. Pero una idea comenzó a dar vueltas en la mente de Justina: ¿cómo es que aquel hombre conocía el nombre de su padre?



CAPÍTULO 2

Tras todas aquellas emociones, el viaje pasó en un suspiro. Pocos minutos después ya estaban atravesando la gran entrada de piedra, con los grifos amenazantes en lo alto de las jambas, junto al cartel que decía: «Highbury House. Escuela para señoritas de buena familia». A continuación avanzaron despacio por el camino de grava que conducía a la entrada principal del edificio, donde Herbert aparcó junto a las enormes puertas de roble y, como si hubiera salido de la nada, apareció el señor Hutchins, el «hombre-para-todo» del colegio, que se ocupó de los baúles de Justina y Stella.

Justina pensó que tal vez saliera a recibirlos la nueva celadora, la señora Macintosh, pero, para su sorpresa,

fue la mismísima señorita De Vere quien bajó las escaleras para saludarlos.

—Me encanta volver a verte, Herbert.

—Lo mismo digo, Dolores.

Se estrecharon las manos y Stella apartó un poco a Justina.

—¿Tu padre llama a la señorita de Vere solo Dolores?

—Sí —dijo Justina—, son viejos amigos.

Para ser sinceros, a Justina no le gustaba nada que su padre hablara con la directora, aunque no sabía decir exactamente por qué. En parte era porque no quería que su vida familiar y su vida en el internado se mezclaran. Quería estar en condiciones de decirle a su padre lo horribles que eran las profesoras y hasta qué punto era incomible la comida que les daban. No quería que la señorita De Vere se dedicara a comentarle nada a su padre y, probablemente, se quejara de su comportamiento. Pero, sobre todo, lo que en realidad ocurría era que la madre de Justina había muerto hacía solo un año; no quería que su padre mirara a otra mujer, y mucho menos que le dedicara sonrisas, como estaba haciendo en ese momento.

—¿Qué tal, Justina? —preguntó la señorita De Vere dirigiéndose a la chica—. ¿Has pasado unas buenas vacaciones?

—Sí —contestó Justina. Y añadió—: Señorita De Vere. —A continuación, le lanzó una mirada a su padre.

—¿Y tú, Stella? ¿Qué tal tú y tu familia? Estoy deseando darle la bienvenida a tu hermana Sarah el curso que viene.

—Están todos bien —contestó Stella, apoyándose solo en un pie, como siempre que se sentía incómoda—. Sarah está deseando venir.

—Estupendo —respondió la señorita De Vere—. Herbert, ¿podemos hablar un momento antes de que te vayas? —Y se alejó para dar la bienvenida a otros padres.

—Adiós, Justina. —Herbert le dio un beso a su hija—. Que tengas un buen trimestre. No olvides escribirme.

—Adiós, papá.

Como siempre, cuando llegaba el momento de decir adiós, Justina sentía una opresión en el pecho. No es que el colegio estuviera muy mal, pero resultaba duro no poder ver a su padre durante semanas, al menos hasta el día de fiesta, a mitad del trimestre, cuando todas las familias acudían a ver a sus hijas. Antes de que pudiera decir nada, sin embargo, se pudo escuchar un ruido atronador de cascos de caballo al galope. Mientras se alejaba de su padre, Justina vio a tres jinetes bien conocidos que se acercaban trotando por el camino de la entrada.

El caballo blanco se paró junto al coche de Herbert Jones. La chica desmontó con un ágil movimiento y le dio las riendas a la mujer.

—Adiós, mamá. Adiós, papá. —Ni siquiera se dio la vuelta para mirar a sus padres.

La señorita De Vere se acercó enseguida a la chica. ¿Iría a decirle que no se permitían caballos en Highbury House? No lo parecía.

—Bienvenida, querida Letitia... —la saludó la directora—. Estoy segura de que serás muy feliz aquí. Ahora... ¿a quién puedo encomendarte para que esté pendiente de ti?

«A mí no me mires —rezó Justina para sí misma—. Mira por ahí... Rose acaba de llegar. A ella sencillamente le *encantaría* ser amiga de su *querida Letitia*.»

—Justina Jones —dijo la señorita De Vere—. ¿Te ocuparás de ella?

Justina y Stella le enseñaron a Letitia por dónde se iba a los dormitorios: cruzaron el gran vestíbulo, subieron la escalinata principal, recorrieron el pasillo de las armaduras y los cuadros antiguos y lúgubres, pasaron por las puertas de doble hoja, luego otro pasillo, subieron unos peldaños, bajaron otros cuantos, abrieron una puerta que daba a la enfermería...

—Este sitio es enorme, ¿no? —dijo Letitia—. No parecía así de grande desde fuera, pero hemos caminado kilómetros...

—No es tanto como parece —contestó Justina—. Es solo que resulta muy complicado ir de un sitio a otro.

—Porque la mayor parte de los caminos directos están prohibidos —dijo Stella.

—¿Sabes en qué dormitorio te ha tocado? —preguntó Justina, abriendo la puerta que daba al pasillo de los dormitorios. El peculiar olor a humedad y a cera para el suelo se hizo evidente.

—Está en mi carta de admisión... —suspiró Letitia, sacando un trozo de papel del bolsillo. Aún iba vestida con la ropa de montar; pantalones, botas, un suéter negro y una capa—. Sí, aquí lo dice. Estoy con las Lechuzas.

Stella y Justina se miraron.

—Nosotras somos de las Lechuzas, pero...

Justina estuvo a punto de decir que ya eran cinco chicas en la habitación, pero Letitia ya había visto el nombre del dormitorio clavado en la puerta y la abrió.

Justina y Stella entraron detrás de ella.

Vieron enseguida que habían añadido otra cama. Nora y Eva, sus compañeras, ya estaban allí, parlotando mientras se quitaban la ropa de calle.

—¡Justina! ¡Stella! —Nora se acercó corriendo a abrazarlas. Era una chica alta, con gafas, y siempre las

llevaba torcidas. Era la cuentista del grupo y la imitadora oficial. Justina le devolvió el abrazo, y entonces se percató de lo mucho que la había echado de menos durante las vacaciones.

Eva, una niña pequeña, con el pelo rubio ondulado, se acercó corriendo a ellas también.

—¡Es súper volver a veros...! —Pero se detuvo al ver a Letitia, de pie en el umbral de la puerta, con la capa negra.

—Ella es Letitia —dijo Justina—. Está también aquí, con las Lechuzas.

—Súper —dijo Eva con un hilillo de voz.

Otra voz se oyó en la puerta.

—Hola, chicas. ¿Qué pasa? Alguien ha metido la pata y han puesto aquí otra cama.

—Rose... —dijo Justina—. Ella es Letitia. Es nueva.

Rose volvió su mirada azul y helada hacia la chica nueva.

—Tiene que ser un error. Siempre ha habido cinco personas en este dormi. No hay sitio para más.

Era verdad que la sexta cama conseguía que la pequeña habitación pareciera abarrotada.

—No hay ningún error —dijo Letitia con alegría—. Aquí dice que estoy con las Lechuzas. Me pido la cama que está junto a la ventana.

—Tú no te pides nada —respondió Rose furiosa—. Tú eres nueva. Eres la última en elegir. Yo soy la delegada del dormitorio, y la cama junto a la ventana es la mía.

—Yo llegué antes —insistió Letitia, tirando su bolsa de viaje sobre la cama—. Es mía.

—¡Yo soy la delegada del dormi! —gritó Rose, pateando el suelo.

—Vale, un día me cuentas por qué eso es tan importante —dijo Letitia.

Justina y Stella intercambiaron miradas. Justina no estaba segura de que le cayera bien la chica nueva, pero, desde luego, con ella el trimestre otoñal iba a resultar mucho más interesante.



Un grupo de educadas «Lechuzas» bajó las escaleras para acudir al comedor. Letitia ya se había puesto su uniforme del colegio: jersey marrón, falda marrón, blusa a rayas amarillas y blancas, calcetines marrones..., pero de todos modos no parecía como las demás.

Por alguna razón, la ropa lucía algo distinta en Letitia; tal vez porque se había recogido el pelo rizado y castaño en la nuca con un cordón de zapatos, pero también, en parte, era porque parecía totalmente despreocupada y caminaba con la cabeza alta, tarareando algo en voz muy baja. Justina recordó aquel momento del primer año, cuando Eva la había llevado al comedor. Había intentado mantener el valor repitiéndose para sí misma un viejo proverbio que solía decir su madre: «Cuanto más difícil